

## TEXTOS DE APOYO (Lección 8)

Ocupados en negocios familiares, a duras penas podemos dedicar nuestro ocio al estudio, y el poco que se nos concede acostumbramos a dedicarlo con preferencia a la filosofía (*Retórica a Herenio*, 1,1; Traducción de J.F.Alcina, Barcelona, 1991)

- Es cierto que hasta ahora no hace más que defender mi causa, pero esto lo comprobaré más tarde. Mientras tanto, ¿de dónde sacas estos versos? No los reconozco.
- Te lo diré, por Hércules, haces bien en preguntármelo. ¿No ves que tengo abundancia de tiempo libre?
- ¿Qué es lo que quieres decir?
- Creo que, cuando estuviste en Atenas, asististe a menudo a las conferencias de los filósofos.
- Sí, y de muy buen grado.
- Entonces advertirías que, aunque en ese tiempo ninguno era muy elocuente, ellos insertaban, no obstante, versos en sus discursos.
- Sí, el estoico Dionisio lo hacía con mucha frecuencia
- Es verdad... (Cicerón, *Disputaciones Tusculanas*, 2,26; Traducción de A.Medina, Madrid, Gredos, 2005)

Fue también un buen padre, un marido honrado con su mujer y un administrador no desdeñable, que se dedicaba a tal tarea sin considerarla una ocupación de segundo rango, algo insignificante o baladí. Por ello creo que es preciso narrar también cuantas buenas acciones llevó a cabo en estos ámbitos. Desposó a una mujer más noble que rica (Licinia), pues creía que, aunque ambos tipos de mujeres eran serias y sensatas, las de buen linaje se avergonzaban ante lo deshonesto y eran más sumisas a sus maridos en lo que atañe a la virtud. Decía que un hombre que golpeaba a su esposa o a su hijo ponía sus manos sobre los seres más sagrados. Le parecía más digno de alabanza ser un buen esposo que un gran senador. En efecto, Catón no admiraba nada del antiguo Sócrates salvo hebrecho de que, a pesar de tener una mujer difícil y unos hijos necios, los tratara toda su vida con benevolencia y dulzura. Nacido su hijo, no hubo para él ninguna obligación, salvo las de carácter público, que fuera tan perentoria que le impidiera ayudar a su mujer mientras bañaba y envolvía en pañales al niño. Ella crió a su hijo con su propia leche y, como daba con frecuencia el pecho también a las criaturas de los esclavos, consiguió con esta cría compartida una buena disposición de aquellos hacia su hijo. Y una vez que empezó a tener entendimiento, Catón lo tomaba junto a sí y le iba enseñando él mismo a leer, a pesar de que tenía un esclavo, de nombre Cilón, que era un reputado gramático que enseñaba a muchos niños. Pero Catón no creía adecuado, y así lo dice él mismo, que un hijo oyera regañinas de boca de un esclavo o que recibiera tirones de orejas cuando aprendiera algo con demasiada lentitud, y tampoco que

le debiera a un esclavo el aprendizaje de algo tan importante. Él mismo fue, pues, su maestro, su profesor de leyes, su monitor de gimnasia; él enseñó a su hijo no sólo a disparar con arma arrojadiza, a luchar con armas pesadas y a montar a caballo, sino también a pelear con los puños, a resistir el calor y el frío y a salvar su vida a nado haciendo frente a los remolinos y los rápidos del río (...) (Plutarco, *Vidas Paralelas, Vida de Catón*, 20; Traducción de L.Conti, Madrid, 2003)

Te estoy escribiendo esta carta en medio de una gran aflicción: la hija menor de nuestro querido amigo Fundano ha fallecido. Yo nunca he visto una joven más alegre, más amable que esta niña, y más merecedora no diría yo de una vida más larga, sino casi de la inmortalidad. Aún no había cumplido los treces años, y ya tenía la prudencia de una mujer de edad y la dignidad de una madre de familia, conservando sin embargo el encanto de la juventud junto con una inocencia virginal. ¡Cómo se colgaba del cuello de su padre! ¡Con qué afecto, con qué discreción nos abrazaba a los amigos de su padre! ¡Cómo amaba a sus nodrizas, a sus pedagogos, a sus maestros, a cada uno de acuerdo con su tarea! ¡Con qué inteligencia, con qué interés se aplicaba a la lectura de sus libros! ¡Qué moderación, qué contención en sus juegos! ¡Con qué resignación, con qué paciencia, con qué, yo diría, firmeza soportó esta última enfermedad! Obedecía a sus médicos, daba ánimos a su hermana y a su padre y ella misma se sostenía, cuando las fuerzas físicas la habían abandonado, con su fuerza de voluntad. Conservó esa fuerza interior hasta el final, y no la quebrantó ni la duración de la enfermedad ni el temor a la muerte, por lo que nos ha dejado más motivos, y más graves, para llorarla y echarla de menos (Plinio, *Cartas*, 5,16,1-6; Traducción de J.González, Madrid, Gredos, 2005)

A esta muchacha, que era ya casadera, la vio Apio Claudio, el jefe del decenvirato, mientras leía en casa del maestro (entonces las escuelas de los niños estaban alrededor del Foro) y al punto quedó atrapado por la belleza de la chica, y mucho más fuera de sí se puso aún al verse obligado a pasar a menuda cerca de la escuela cuando ya estaba dominado por la pasión (Dionisio de Halicarnaso, *Historia Antigua de Roma*, 11,28,3; Traducción de E.Jiménez y E.Sánchez, Madrid, Gredos, 1988).

Cuando la joven se dirigía al foro –pues allí, en unas tiendas, estaban las escuelas primarias- el agente del apasionado decenviro le echó mano llamándola esclava suya, hija de una de sus esclavas, y le ordenó seguirlo: que si ofrecía resistencia la llevaría a la fuerza (Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*, 3,44,4; Traducción de J.A.Villar, Madrid, Gredos, 1990)

Me leyó hace poco unas cartas, que decía que habían sido escritas por su esposa, pero juzgué que eran de Plauto o Terencio en prosa. Sean de su esposa, como afirma, o de él mismo, cosa que niega, se merece la misma gloria, o bien porque él las ha redactado, o bien porque ha hecho tan instruida y cultivada a una esposa que había recibido virgen (Plinio, *Cartas*, 1,16,6; Traducción de J.González, Madrid, Gredos, 2005)

Es extraordinariamente inteligente, extraordinariamente frugal; me ama, lo que es un claro indicio de su virtud. Añade a estas virtudes el interés por los estudios literarios, que le ha inspirado el amor que siente por mí. Guarda copias de mis obras, que lee una y otra vez, e incluso las aprende de memoria. ¡Qué angustia siente cuando ve que voy a pleitear en un tribunal, qué felicidad cuando ya he terminado! Ella se arregla para que se la mantenga informada de qué aclamaciones, de qué aplausos he provocado, de qué éxito he tenido en el juicio. Ella misma, cuando hago una lectura pública, se sienta en un lugar próximo, oculta por una cortina, y escucha con oídos atentísimos los elogios que recibo. Ella incluso ha puesto música a mis poemas y los canta, acompañada de su cítara, que no le ha enseñado a tocar ningún artista, sino el amor que es el mejor de los maestros (Plinio, *Cartas*, 4,19,2; Traducción de J.González, Madrid, Gredos, 2005)

Reuniendo de todas las partes, como las abejas, lo provechoso y llevándolo tú mismo en ti mismo, haz a tu mujer participe de ello y discútelo con ella, para que le sean familiares y de su uso los discursos mejores. Porque para ella “eres” el padre “y la venerada madre así como el hermano” (*Iliada* 429-430). Y no es menos honroso oír a tu mujer que diga: “Esposo, tú eres para mí guía, filósofo y maestro de las cosas más bellas y divinas”. Tales enseñanzas, principalmente, alejan a las mujeres de una conducta indecorosa. En efecto, una mujer que está aprendiendo geometría se avergonzará de bailar y no admirará los encantamientos de los filtros, si está hechizada con los escritos de Platón y Jenofonte. Y si alguna maga promete que hará bajar la luna, se reirá de la ignorancia y necedad de las mujeres que se creen estas cosas, (...) Plutarco, *Obras Morales y de Costumbres, De los deberes del matrimonio*, 48; Traducción de C.Morales y J.García, Madrid, Gredos, 2008)

Habiendo Pompeyo entrado en la ciudad, se casó con Cornelia, hija de Metelo Escipión, que no se hallaba soltera, sino que había quedado viuda poco antes de Publio, hijo de Craso, muerto también en la guerra de los Partos, con quien casó doncella. Tenía esta joven muchas prendas que la hacían amable, además de de su belleza, porque estaba muy versada en las letras, en tañer la lira y en la geometría y había oído con fruto las lecciones de los filósofos. Agregábanse a esto unas costumbres libres de la displicencia y afectación con que tales conocimientos suelen echar a perder la índole de las jóvenes; (Plutarco, *Vidas paralelas, Pompeyo*, 55; Traducción de A. Ranz, Barcelona, 1944)

En realidad desearía en los padres la mayor erudición posible. Y no hablo solamente de los padres; pues noticia tenemos que a la elocuencia de los Gracos contribuyó en alta medida su madre Cornelia, cuyo lenguaje cultivadísimo se ha conservado también en sus cartas para la posteridad. También Lelia, hija de Cayo, reprodujo, según se dice, en su lenguaje la elegancia paterna, y el discurso de Hortensia, hija de Quinto, pronunciado ante los triunviros, continúa leyéndose no sólo en honor de su condición femenina (Quintiliano, *Sobre la formación del orador*, 1,1,6; Traducción de A. Ortega, Salamanca, 1996)

(...) soportaba todas sus desgracias con nobleza y grandeza de ánimo y que, hablando de aquellos lugares consagrados en los que habían muerto, dijo que los cadáveres tenían tumbas dignas de ellos. Ella pasó el resto de su vida en el lugar

llamado Miseno, sin apartarse en nada de su régimen habitual. Era de muchos amigos y, por su hospitalidad, tenía una buena mesa; la rodeaban siempre griegos y hombres de letras, y los reyes recibían y le enviaban regalos. Era muy agradable con los que la visitaban y contaba a los que la acompañaban la biografía y modo de vida de su padre, el Africano; pero el mayor asombro lo causaba recordando a sus hijos sin lamento ni lágrimas, relatando sus sufrimientos y hazañas a quienes le preguntaban como si se tratara de personajes de tiempos remotos. De ahí que a algunos les pareciera que la vejez o la enormidad de sus males la había privado de la razón y la había vuelto insensible a las desgracias, cuando en verdad eran ellos los que no se daban cuenta de hasta qué punto de un origen noble y de un buen nacimiento y educación se sigue provecho para los hombres también en la desdicha, y de que si la fortuna a menudo triunfa sobre la virtud, que vigila los males, no la priva, una vez caída, de sufrir la desgracia con sensatez (Plutarco, *Vidas Paralelas*, Vida de Tiberio Graco, 40 (19); Traducción de C.Alcalde y M.González, Madrid, Gredos, 2010).

Esta mujer por su alcurnia y su belleza, y también por su marido y por sus hijos, era bastante afortunada; versada en la literatura griega y latina, tocaba la lira y bailaba con más elegancia de lo que una mujer honesta necesita, y poseía otras muchas cualidades que son instrumento de la disipación. Pero para ella todo era más estimable que la honra y la decencia; no era fácil dilucidar qué respetaba menos, si su dinero o su reputación; su pasión era tan encendida que cortejaba a los hombres con más frecuencia de lo que era cortejada (...) (Salustio, *Conjuración de Catilina*, 25; Traducción de B.Segura, Madrid, Gredos, 1997)

Por su parte Hortensia, la hija de Quinto Hortensio, en vista de que los triunviros habían impuesto un oneroso tributo a las matronas y ningún varón se atrevía a asumir su defensa en juicio, accedió a defender a las mujeres con firmeza y éxito ante los triunviros. Con una elocuencia calcada de la de su padre, logró que la mayor parte de las cargas impuestas a las mujeres les fueran devueltas. Volvía por tanto Quinto Hortensio a la vida en la persona de su hija y le infundía su verbo. Si sus descendientes varones hubiesen procurado continuar aquel vigor, el gran legado de la elocuencia de Hortensio no habría perecido con este solitario alegato de una mujer (Valerio Máximo, *Hechos y Dichos memorables*, 8,3,3; Traducción de S.López, M.L.Harto y J.Villalba, Madrid, Gredos, 2003)

Graco, gracias a las atenciones de su madre Cornelia, recibió desde niño una buena educación e instrucción en las letras griegas. Tuvo siempre excelentes maestros venidos de Grecia, entre ellos, cuando ya era un joven, a Diófanes de Mitilene, el más elocuente de la Grecia del momento (Cicerón, *Bruto*, 104; Traducción de M.Mañas, Madrid, 2000)

(...) los entendimientos tiernos, y que habrán de recibir con más hondura cuanto tomare asiento en sus espíritus no formados y desconocedores de todo, no sólo deben aprender lo que es lenguaje correcto, sino más aún lo que es moralmente bueno. Y por eso con muy buen criterio se ha establecido que se empiece la

lectura por Homero y Virgilio, aunque para la comprensión de sus bellezas se precisa mayor madurez de juicio (...) entre tanto vaya elevándose su espíritu con la sublimidad de la Canción Heroica y desde la grandeza de sus temas tome aliento y déjese penetrar por sus más nobles hazañas (Quintiliano, *Sobre la formación del orador*, 1,8,4-5; Traducción de A. Ortega, Salamanca, 1996)

El poeta da forma a la tierna y balbuciente boca del niño, empezando por retirar su oído de las expresiones obscenas, y pronto formando sus espíritus con amables preceptos. Es el corrector de la grosería, la envidia y la ira. Relata nobles hazañas, instruye con viejos ejemplos a nuevas generaciones, consuela al desvalido y al enfermo. ¿Cómo habrían aprendido las plegarias castos jóvenes y mozas casaderas, si la Musa no les hubiera dado un vate? (Horacio, *Epístolas*, 2,1,125; Traducción de H.Silvestre, Madrid, 1996)

Por tanto, te guío allí donde deben refugiarse todos los fugitivos de su suerte, a los estudios liberales: ellos curarán tu herida, ellos arrancarán de raíz tu tristeza. Aun cuando no estuvieras familiarizada con ellos deberías ahora utilizarlos; pero, en cuanto te lo permitió la severidad a la antigua de mi padre, no abarcaste ciertamente todos los buenos conocimientos, pero sí los abordaste. ¡Ojalá mi padre, sin duda el mejor de los hombres, menos aferrado al uso de los antepasados, hubiera querido que te instruyeras en los preceptos de la sabiduría mejor que te iniciaras sólo! No tendrías ahora que procurarte defensas contra la suerte, sino sacar las tuyas. Por culpa de esas que no utilizan las letras por saber sino que se instruyen en ellas por ostentación, apenas consintió que te dedicaras a los estudios. Sin embargo, gracias a tu ávida inteligencia sacaste de ellos más de lo que permitía el tiempo: están echados los cimientos de todas las ciencias; regresa a ellas ahora; te prestarán protección. Ellas te consolarán, ellas te deleitarán, si ellas penetran de buena fe en tu espíritu, nunca más penetrará el dolor, nunca la inquietud, nunca el vano tormento de una desolación inútil (Séneca, *Diálogos, Consolación a Helvia*, 17,3-4; Traducción de J.Mariné, Madrid, Gredos, 1996)

Pero es más pesada la que en cuanto se pone a la mesa cita a Virgilio, compadece a Elisa en el trance de su muerte y enfrenta a poetas, comparando de acá a Varrón y de la otra parte poniendo en el plato de la balanza a Homero. Se retiran los maestros, quedan derrotados los profesores, todo el público calla, ni el abogado ni el pregonero dirán palabra, ni ninguna otra mujer: con tanta fuerza se suceden las palabras, que dirás que a la vez resuenan otros tantos platillos y cascabeles. Que nadie ya fatigue trompetas, nadie bronces: una sola podrá ayudar a la Luna en apuros. Traza un límite el sabio incluso a las actividades honradas; porque la que quiera a toda costa parecer erudita y elocuente, tendrá que arremangarse la camisa hasta la mitad de la pierna, matar un puerco en honor de Silvano, lavarse por un real. Que la señora que se ponga a la mesa pegada a ti no domine los estilos o retuerza tortuosos entimemas con retorcido lenguaje, y que tampoco sepa todos los argumentos sino alguna que otra cosa sacada de los libros y apenas entendida. Aborrezco a esa que repasa y memoriza la Gramática de Palemón mintiendo siempre las reglas y la norma del lenguaje, que, aficionada a lo antiguo, sabe versos que yo ignoro y corrige a la cateta de su amiga expresiones de las que ningún esposo se preocupa; tiene licencia el



marido para incurrir en barbarismos (Juvenal, *Sátiras*, 6,435-455; Traducción de F.Socas, Madrid, 1996)